

- secretos para mí, no debía yo tampoco tenerlos para ella. ¿No os parece?, así debe ser en todo buen matrimonio; y el favor que os quería pedir era un consejo.
- VIZCONDE. ¿Un consejo? Hablad: es lo que se da en el mundo con más facilidad.
- CLERMONT. Vos sois apasionado á las artes (Mirando á Matilde.) y á todo lo que les pertenece, y quiero consultaros acerca de un cuadro que debo empezar hoy: un cuadro de familia..., una escena doméstica.
- VIZCONDE. ¡Oh! Son los que más me gustan; y francamente, algo entiendo de eso.
- CLERMONT. Tanto mejor. Pues señor, yo escojo para mi cuadro el momento en que un pobre diablo de marido, muy sandio y muy bonachón, como la mayor parte de ellos, descubre que un buen amigo que lo visita..., es muy amigo suyo..., demasiado amigo... ¿Ya me entendéis?
- VIZCONDE. ¡Perfectamente! ¿Y cómo lo ha descubierto?
- CLERMONT. ¡Eso no importa, hombre! En un cuadro no se explica el cómo: se presenta la escena y las principales figuras. Por ejemplo, aquí el marido..., así..., una fisonomía de evangelista..., parada..., atónita..., y un poco estúpida..., porque todos lo son en semejante caso. — La mujer..., allí..., aire de nobleza y dignidad..., fisonomía llena de expresión..., está un poco turbada..., sus facciones respiran candor é inocencia..., y un si es ó no es de inquietud. Pero lo que vos no veis es la figura del galán: (Sorpresa del Vizconde.) esa sí que es admirable: la tengo aquí..., la estoy viendo..., un poco desconcertado..., inquieto..., sin saber qué postura guardar: veo en su cara tintas blancas, tintas rojas: pondré un poco de sombra..., y nada de amarillo, no vaya á parecer un conspirador..., ¡buena cabeza! (Mirando á Victorina, que ríe por lo bajo.) Y detrás, en segundo término, una criadita que se sonríe malignamente, fingiendo que limpia una silla. Esto como episodio: como detalle..., ¿entendéis?, será gracioso.
- VIZCONDE. (Acercándose.) Sí..., muy gracioso.
- VICTORINA. (Acercándose.) ¡Señor!
- MATILDE. (Levantándose.) ¡Querido!.. (Estos tres movimientos se harán á un tiempo.)
- CLERMONT. (Con viveza.) ¡Quietos, quietos; no os mováis! Casualmente estáis colocados del modo más exacto para mi objeto. ¡Bien! ¡Ya tengo mi cuadro! Permaneced en esa postura, y no hago más que copiarlo del natural.
- VIZCONDE. ¡Perfectamente: amigo Clermont, lo comprendo muy bien: el efecto será admirable!
- CLERMONT. Poco á poco. El cuadro no está acabado..., y sobre eso justamente quería pedir os vuestro parecer.
- VIZCONDE. ¿Sobre el modo de acabarlo?
- CLERMONT. Precisamente.
- VIZCONDE. Puede ser de varias maneras: por ejemplo, el amigo, viéndose poner en ridículo, puede incomodarse y pedir una satisfacción.
- CLERMONT. (Dejando la paleta.) ¡Sin demora!
- MATILDE. (Poniéndose delante.) ¡Caballero!
- VIZCONDE. Pero eso sería mezquino, de mal tono. Mejor me parece suponer al amigo un joven de buenos sentimientos; amigo, sí, de galantear á las damas, pero dispuesto, cuando no ha podido obtener favores de una, á consolarse con otra.
- MATILDE. (Aparte.) ¡Bien!
- VIZCONDE. Y que lejos de guardar rencor á las que le han desdeñado, sabe respetar en ellas la virtud, el nacimiento, la hermosura... Hay más..., yo quisiera que el tal se vengara del marido por medios generosos.
- CLERMONT. (Con viveza.) ¿Cómo?

- VIZCONDE. No sé precisamente..., á ver; éste puede ser que os venga al caso. Supongamos que el marido aparenta ser rico, y sin embargo está algo apurado..., que gasta más de lo que gana.
- CLERMONT. (Queriendo hacerle callar.) Señor vizconde...
- VIZCONDE. Que ha firmado algunas letras que están en circulación..., una principalmente de seis mil francos, la cual debe pagar el día 25.
- MATILDE. ¡Es posible!
- CLERMONT. (A Matilde.) ¡No lo creas..., no es cierto!
- VIZCONDE. Aquí está. (Sacando la letra.)
- CLERMONT, MATILDE y VICTORINA. (Asombrados.) ¡Cielos!
- VIZCONDE. (Contemplando su actitud.) ¡Quietos!.. ¡No os mováis!.. He aquí un cuadro que en su género vale tanto como el otro. ¿Eh, qué os parece? El asunto es magnífico..., mirad las figuras. ¡Oh, si yo supiera pintar, haría un hermoso cuadro..., sin más que copiarlo del natural!
- CLERMONT. Señor vizconde, esa letra...
- VIZCONDE. Me ha sido endosada.
- CLERMONT. (Con viveza.) Pues yo no quiero deber nada á nadie: la pagaré..., la pagaré mañana..., hoy mismo...
- VIZCONDE. Cuando gustéis. (Rompiéndola.) Ya nadie os la podrá presentar. (Saluda á Matilde y se va.)
- MATILDE. (A Victorina.) Anda, cierra la puerta; que nadie entre.
- CLERMONT. (Aparte, cayendo sobre un sillón.) ¡Ah, se ha vengado cruelmente!

ESCENA IX

CLERMONT, MATILDE

- MATILDE. (Acercándose á Clermont.) ¡Ah! ¡Me has engañado!
- CLERMONT. ¡Matilde!.. ¡Vida mía!.. ¡Perdóname!
- MATILDE. ¡A mí sola es á quien no puedo perdonármelo!
- CLERMONT. No creas que ha sido por desorden, ni por mala conducta: yo no gasto nada..., yo no necesito nada, yo estoy acostumbrado á las privaciones, á la miseria: una cama, una silla, el caballete..., un artista no necesita más muebles.
- MATILDE. Y entonces, ¿de qué son esas deudas, ese gasto loco?
- CLERMONT. ¡Ah, yo tenía mis razones!..
- MATILDE. ¿Cuáles? Habla... ¡Vamos, confiésemelo todo!
- CLERMONT. ¡Matilde! ¡Querida mía! ¡Tú me hiciste tan feliz dándome tu mano!.. Y yo no quise que mi felicidad te costara jamás el menor disgusto: tú te habías criado en el lujo, en la opulencia; yo no quería que mudases de posición y he hecho los mayores esfuerzos para que no hallaras una notable diferencia entre la casa de tu marido y el palacio de tu padre.
- MATILDE. ¡Cómo! ¿Por eso te levantabas antes de amanecer y trabajabas á veces hasta la noche?
- CLERMONT. Porque tuvieras esa linda carretela, esa elegante habitación.
- MATILDE. ¡Por eso!
- CLERMONT. Sí: yo te veía lucir y excitar la envidia de muchas, y me llenaba de orgullo, y decía entre mí: «Creyeron que casándose conmigo se iba á obscurecer... Pues no.» Y mis sueños llegaban hasta ambicionar hacerte baronesa ó

condesa. ¡Sí, Matilde; hoy el talento lo alcanza todo!.. Y que al contemplar tu fausto, dijeran: «¿Es aquella la mujer de algún grande? No: es la mujer de un artista.»

MATILDE. ¡Y por esto destruías tu fortuna y tu salud!

CLERMONT. ¿Qué quieres? Otros se arruinan por sus queridas; yo..., mi querida es mi esposa: es mi vida, es mi amor!

MATILDE. ¡Tu amor! ¿Y tan triste idea formabas del mío? ¿Crees que al unirme á ti no supe que asociaba mi suerte á la de un artista? Buena ó mala, yo la reclamo tal como es, tal como debe ser: mi deber y mi felicidad consisten en participar de ella. ¡Ea, pues! Desde hoy reforma completa: basta de lujo y de despilfarro, orden, economía: yo me encargo de ello. Mi marido y mi hijo ocuparán toda mi atención: amarlos y hacerlos felices será mi única ocupación y mi orgullo: y mis placeres. Sí, señor, porque yo soy mujer de un artista y no mujer de un grande.

CLERMONT. (Queriendo reprimir sus lágrimas.) ¡Matilde! ¡Esposa mía! ¡Yo he hecho mal!..

MATILDE. ¡Muy mal! Pero por fortuna todo tiene remedio. ¿Cuánto debemos?

CLERMONT. Entre todo..., veinte mil francos.

MATILDE. Mucho es.

CLERMONT. No es nada..., yo los gano en dos meses.

MATILDE. No lo permito: en un año ó año y medio...

CLERMONT. No, Matilde.

MATILDE. Digo que sí: yo mando ahora.

CLERMONT. Bien, como quieras: en un año...

MATILDE. Entretanto venderemos la carretela, los caballos, y mi aderezo de brillantes.

CLERMONT. No..., todo lo demás, menos eso.

MATILDE. Eso lo primero, porque es preciso pagar mañana mismo al vizconde, que se ha portado noblemente con nosotros.

CLERMONT. ¡Es verdad!

MATILDE. La letra no existe: le debemos bajo nuestra palabra, y por lo mismo es preciso pagar al instante.

CLERMONT. Tienes razón. (Suspirando.) ¡Adiós carretela!

MATILDE. (Festiva.) ¡Andaremos á pie! Tú me darás el brazo...

CLERMONT. ¡Sí, sí!.. Y todos se pararán á mirarte y exclamarán: «¡qué linda es!» Sí, sí..., en carretela nadie te veía.

MATILDE. ¡Nadie! ¡Los caballos iban tan de prisa!..

CLERMONT. ¡Y qué hermosos caballos! En fin, tenemos fiacres y ómnibus...

MATILDE. Despediremos los lacayos.

CLERMONT. Bien, así tendremos menos testigos.

MATILDE. Y cuando nos sentemos á la mesa no habrá quien nos observe.

CLERMONT. Y nos impida mirarnos

MATILDE.. Tendremos completa libertad.

CLERMONT. ¡Es mucho mejor! Y luego, á medida que vayamos pagando nuestras deudas, iremos gastando.

MATILDE. Iremos ahorrando.

CLERMONT. Para nosotros.

MATILDE. Para nuestro hijo.

CLERMONT. ¡Es verdad!

MATILDE. Yo, para que no turbara por las noches tu sueño, he renunciado al placer de criarlo; le he alejado de nosotros.

CLERMONT. ¡Cómo! ¿Era por mí? Y tú me decías que convenía á tu salud, que el médico lo mandaba...

MATILDE. Pero hoy vuelve á casa; le estoy esperando.

CLERMONT. ¡Ah! ¡Qué placer me causa! ¡Cómo voy á trabajar!

MATILDE. Al contrario: en celebridad de su venida descansas hoy: saldremos juntos, á pie, para irnos acostumbando, y te hará provecho.

CLERMONT. ¡Contigo!.. ¡Sí, sí, mucho!

MATILDE. Tomaremos un cuarto más ventilado que este.

CLERMONT. Más grande.

MATILDE. No..., más alto, y con pocas habitaciones: así no podremos menos de estar juntos todo el día.

CLERMONT. ¡Ah! ¡Qué placer, qué felicidad! ¡Para qué quería yo riquezas, teniendo una mujer así! ¡Ah! ¡Este día es el más dichoso de mi vida!

MATILDE. ¡Sí, sí..., abrázame! Voy á ver si me traen mi hijo. En cuanto llegue te avisaré.

CLERMONT. ¡Oh! ¡Cuánta ansia tengo por verlo! ¡Si casi no lo conozco: hace tanto tiempo que se separó de nosotros... y era tan hermoso! ¡Qué gozo me va á causar el verlo! ¡Ah! ¡No volverá á separarse de mí!

MATILDE. ¡Vístete pronto; y cuidado con trabajar hoy! ¿Me lo prometes?

CLERMONT. ¡Sí, sí! ¡Adiós, Matilde mía! ¡Adiós, vida mía!

ESCENA X

CLERMONT solo, vistiéndose

¡Y habría hombre en el mundo que no se dejara matar por una mujer así! ¡Tiene un modo de arreglar las cosas que... vamos! ¡Sobre que hace de manera que sea yo el hombre más feliz de la tierra, hoy que me veo arruinado! ¡Verdad es que estar á su lado todo el día, salir con ella al brazo..., esto vale más que todas las riquezas imaginables! (A medio vestir, mirando su cuadro.) Y empeñada en que no trabaje. ¡Quizá tiene razón: yo necesito descanso, es verdad! Pero con los brazos cruzados no se pagan las deudas: ¡veinte mil francos! ¡Dinero es!, y se me figura que algo queda en el tintero..., sí; la cuenta de la modista, y el aderezo: ¡pues no es nada! ¡Falta el rabo por desollar! (Va á mirar por la cerradura, y vuelve de puntillas.) No está aquí: bueno: un par de toquecitos al cuadro. (Mirándolo.) ¡Mi Francisca de Rímini! ¡Caramba si está bien! Cuando se coloque en la primer sala me dará honra... y provecho: podré comprarle á mi Matilde una casa de campo, pequeñita, modesta..., y con una tartana se va y se viene cómodamente. Allí tendremos cuadra para el caballo, y puede ser que quede sitio para tener un par de vacas..., etc. (Trabajando.) ¡Bien, magnífico! ¡Este toque ha sido feliz! — ¡Y mi hijo, mi hermoso Ricardo! ¡Pobrecillo! ¡Oh! ¡A ese lo he de criar como un príncipe! ¡Ah! ¡Cuando pienso que hoy, que ahora mismo lo voy á ver!.. (Deteniéndose.) ¡Es cosa singular, se me desvanece la vista de una manera!.. Ya pasa, no es nada. Y quisiera acabar de dar esta tinta antes que me faltase la luz: ¡está hoy el día tan obscuro! (Llama.) ¡Agustín, Agustín! ¡Nunca ha de estar aquí este majadero!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA XI

CLERMONT, VICTORINA

- VICTORINA. ¿Habéis llamado, señor?
- CLERMONT. ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú, Victorina?
- VICTORINA. Yo, que os venía á dar un pliego que acaban de traer: mirad qué sello tan grande tiene.
- CLERMONT. (Acercándose mucho á los ojos.) ¡Calle! ¡El sello real! ¡Es de palacio! A ver, descubre bien las cortinas: no entra hoy luz por esa ventana. (Leyendo con trabajo.) «Su majestad..., su majestad... de... desea...» ¡Se ha hecho moda escribir de una manera que ni el demonio!.. ¡Maldito si puedo leer una palabra! (A Victorina.) A ver si tú aciertas...
- VICTORINA. (Tomando la carta.) Está muy claro: si parece letra de molde. (Leyendo.) ¡Dios mío!
- CLERMONT. (Que ha ido á su cuadro.) ¿Qué es eso?
- VICTORINA. ¡Es de parte del rey: viene firmado por el ministro!
- CLERMONT. Lee pronto.
- VICTORINA. Os encarga un cuadro para la Magdalena, y otro para la galería de Versalles.
- CLERMONT. (Lleno de gozo.) ¡Dos cuadros! (Llamando.) ¡Matilde! (A Victorina.) No, no; calla, calla; quiero sorprenderla. ¡Un cuadro para Versalles, otro para la Magdalena!
- VICTORINA. (Leyendo.) Y os da veinte mil francos por cada uno.
- CLERMONT. (Dando un grito.) ¡Oh!!!, ¡qué me dices!, ¡cuarenta mil francos!
- VICTORINA. Sí, señor.
- CLERMONT. ¡Pagaré todas mis deudas!.. Ya no venderemos la carretela: mi Matilde no andará á pie. — ¡Ah, fortuna!.. Y estos cuadros los haré en un año. ¡Sí, trabajando bien no necesito más que un año! (Con entusiasmo.) ¡Ah, qué arte!, ¡qué riqueza es el pincel!, ¡riqueza que nadie nos puede arrebatar!, ¡riqueza que da gloria é independencia! ¡Con el pincel en la mano, desaffo al mundo, á la suerte, á la adversidad..., al cielo mismo! (Volviéndose á Victorina.) ¿Victorina, has descubierto las cortinas?
- VICTORINA. Sí, señor.
- CLERMONT. ¿Sí?, pues abre la ventana, porque no veo.

ESCENA XII

DICHOS, AGUSTÍN

- AGUSTÍN. (Saliendo.) ¿Me llamabais, señor?
- CLERMONT. ¡Me gusta, media hora hace que te estoy llamando, pícaro!
- VICTORINA. (Esforzándose á abrir la ventana.) Llegáis á tiempo, Agustín: á ver si abris esta ventana, que yo no puedo.
- AGUSTÍN. ¡Qué idea!, ¿y para qué?
- CLERMONT. (Pintando.) ¡Para que haya luz, tonto!
- AGUSTÍN. (Abriendo la ventana.) Para que haya más luz... Corriente.

- CLERMONT. (Dejando de pintar.) ¡Maldita tinta! ¡Vaya!, seguramente es muy tarde; va á anochecer sin duda; dejémoslo por hoy.
- VICTORINA. ¡Anochecer, señor!..
- AGUSTÍN. ¿Qué estáis diciendo? ¡Pues si hace un sol que quita la vista!
- CLERMONT. (Tirando el pincel y adelantándose al medio de la escena.) ¡Qué es esto!, ¡qué es lo que me pasa!, ¡todo se desvanece, todo se oscurece á mi vista!, no veo más que sombras: apenas distingo... Agustín, Victorina, ¿dónde estáis?
- VICTORINA. ¡Aquí, á vuestro lado!
- AGUSTÍN. Aquí, señor: os estoy tocando las manos.
- CLERMONT. ¡Matilde!, ¡esposa mía! Llamadla. ¡Qué noche!, ¡qué obscuridad! No, vosotros me engañáis. Si Matilde estuviera aquí yo la vería: no me cabe duda. ¡Sólo á ella quiero creer!
- VICTORINA. ¡Señora!.., ¡ah!, ¡aquí viene!
- CLERMONT. (Queriendo dirigirse hacia Matilde.) ¡Matilde! ¡Matilde!

ESCENA XIII

DICHOS. MATILDE, con su hijo de la mano

- MATILDE. (Apresurada.) ¡Mira, Clermont, mira, ya ha llegado: aquí le tienes! ¡Mira qué hermoso!
- CLERMONT. ¡Mi hijo!
- MATILDE. ¡Sí..., mírale!
- CLERMONT. ¡Mirarlo! ¡Mi hijo! ¿Matilde, dónde estás?
- MATILDE. (Sorprendida.) ¡Qué pregunta!, aquí, á tu lado.
- CLERMONT. ¡Aquí! (Le toma la mano, clava los ojos en ella, y da un grito.) ¡Ah, Dios mío! ¡Soy perdido! ¡Se acabó! (Abrazándolos con delirio.) ¡Matilde!, ¡hijo mío!, ¡ya no os veo!, ¡estoy ciego!!! (Cae en sus brazos: ella da un grito y sostiene á Clermont. — Cae el telón.)

